

SIDDHÂRTA GAUTAMA

Por propia experiencia

-Teresa Guardans¹-

Dos jóvenes brahmanes, Vasettha y Bharadvaja , hablaban un día sobre su condición de superioridad sin ponerse de acuerdo.

- Somos brahmanes de nacimiento. Si tú y yo hemos nacido brahmanes es gracias a los méritos acumulados en nuestras vidas anteriores –opinó Bharadvaja.

- Y lo que haces en esta vida, ¿qué? –le dijo Vasettha.

-¿Qué de qué? Lo que haga en esta vida tal vez me convertirá en dios en la vida futura, pero no me hacer ser más o menos brahman a día de hoy.



Vasettha no compartía este punto de vista. Era necesario haber nacido brahmán, claro, pero conservar la categoría ya dependía de cada uno. “Los brahmanes somos los únicos que podemos conocer las verdades sagradas; por lo tanto, somos brahmanes si cumplimos las normas y las obligaciones religiosas. Nuestro deber es gobernar y aplicar nuestro saber al servicio del control de las fuerzas del universo.”

- ¡Está muy bien que lo hagas si lo deseas! Pero eres brahmán, lo quieras o no y hagas lo que hagas –insistía Bharadvaja.

(en la imagen: un joven braman)

No se hallaban muy lejos del bosque de Icchanamkala. Vasettha había oído que un conocido *rishi* se encontraba ahí acampado con sus seguidores. Se trataba de Siddhârta Gautama. Bharadvaja propuso ir a verlo, y se adentraron en el bosque. No les costó dar con él. Había un numeroso grupo de personas junto a él. Lo primero que les sorprendió fue verlo rodeado de todo tipo de gente, gentes de todas las castas; hombres y mujeres, mayores y jóvenes. Después de los acostumbrados saludos de cortesía, le plantearon la cuestión que les preocupaba:

- Sabio Siddhârta, ¿qué determina que Bharadvaja y yo seamos brahmanes: el nacimiento o las acciones? ¿Qué es lo que nos hace superiores?

- Vasettha –le respondió Siddhârta-, fijaos en los árboles. Cada especie tiene unas propiedades distintas de las otras especies. Las semillas de las que nacen cada una de las especies son diferentes. Fijaos en la hierba, en las flores; cada especie tiene sus características y sus propias semillas. Eso las convierte en diferentes.

»Fijaos en los insectos, en los que vuelan y en los que caminan; veréis las diferencias que hay entre todos ellos.

»Fijaos en los cuadrúpedos, en los gusanos, en los reptiles y en las serpientes; fijaos en los peces y en todos los animales marinos, y también en toda la inmensa variedad de aves en el cielo. Cada especie se distingue por sus propias características y cada una tiene su forma peculiar de nacer.

¹ texto publicado en: Teresa Guardans. *Las religiones, cinco llaves*. Barcelona, Octaedro, 2007

»Pero los seres humanos, Vasettha, nacen todos iguales; todos tenemos cabeza, cuello, espalda, tronco, brazos, piernas, pies y manos, ojos, nariz, boca, orejas, mente, etcétera, etcétera. Nada nos hace diferentes en el momento de nacer.

»Los distintos nombres son fruto de las costumbres. Si alguien se gana la vida cuidando el ganado, le llamamos ganadero, no brahman. Si se dedica a la artesanía, le llamamos artesano, no brahman. Si se ocupa del comercio, le llamamos comerciante, no brahman. Si se gana la vida sirviendo, le llamamos sirviente. Si celebra ceremonias religiosas, le llamamos sacerdote. Si es el señor de una región, le llamamos rey.

»Ya veis, los seres humanos no se distinguen al nacer, aunque sus ocupaciones recibirán nombres distintos. Siendo así, ¿quién merece ser denominado brahman? ¿Hay alguien que esté por encima de los demás?

»Yo no considero brahman a alguien por su nacimiento, ni porque reciba el título de "señor", ni por sus posesiones. Si a alguien considero superior es a quien no se apega a nada, a quien no acapara posesiones.

»No considero que alguien sea superior por el cordón de la casta, sus trenzas o sus vestidos. Superior es aquel que no se inmuta ante los insultos, las críticas o los ataques; es la persona paciente y con capacidad de autocontrol y dominio.

»Superior es aquel ser humano que se ha esforzado por alejarse de la ignorancia, descargándose del peso de las ideas falsas.

»Superior es la persona que no es violenta con nadie, ni con los fuertes ni con los débiles, que ni mata ni ordena a otros que maten.

»Quien habla con sinceridad, sin deseo de herir a nadie.

»Quien no toma nada que no le haya sido dado, quien no anhela lo que no tiene. Quien no persigue las cosas de este mundo ni de ningún otro mundo.

»Superior es quien ha eliminado las impurezas, dejando a un lado todo aquello que ensombrecía su comprensión.

»Superior es quien ha levantado el cerrojo y ha abierto la puerta de su mente.

»Superior es el ser humano que se ha librado de trabas y vive en paz.

»Superior es quien no hace distinciones, quien comprende y acepta a todos los seres; quien no busca poseer nada ni a nadie.

»Yo llamo brahman a aquel ser humano que, como la luna llena, es limpio, puro, brillante y todo lo ilumina.

Al oír aquello, quedaron todos impresionados. No les cupo duda sobre lo absurdas que son las diferencias que establecen los humanos entre sí. Todos, excepto Bharadvaja, que seguía dudando. ¡Él era brahman por nacimiento, dijera lo que dijera aquel *rishi*! –pensaba-. ¡Qué sabría ese hombre! “¡Si hubiera recibido una educación elevada, no diría esas cosas!” -murmuró. Y el comentario no escapó a algún oído cercano.

- Te equivocas, chico –le dijo. Ése que tienes delante es el príncipe heredero de la familia de los Sâkyas. Bharadvaja se giró sorprendido hacia el que había pronunciado estas palabras, pero antes de poder reaccionar, otro joven ya estaba interrogando a Siddhârta.

- Venerable Gautama, lo que acabas de decir no coincide con lo que yo he aprendido estudiando los Vedas.² Yo he sido instruido acerca de que lo que dicen los Vedas es la verdad y el resto, falso.

- ¿Quién así te ha enseñado –le respondió Siddhârta- te ha dicho: “mira, yo he conocido esta verdad por propia experiencia y te mostraré el camino para que puedas verificarla”?

- No, señor.

Antes de que Siddhârta pudiera añadir nada, se oyó otra voz:

- Pues a mí me han enseñado todo lo contrario. ¡Yo he aprendido que los actos rituales que prescriben los Vedas no sirven para nada!

- Te pregunto a ti lo mismo –continuó Siddhârta-. ¿Quién te ha enseñado así te ha dicho: “mira, yo he conocido esta verdad por propia experiencia y te mostraré el camino para que puedas verificarlo por ti mismo”?

- No, señor –respondió el último que había hablado.

- Pues yo os digo que quien se limita a repetir las opiniones de los otros sin esforzarse por ver, reflexionar y conocer por sí mismo, es como un ciego que se une a una hilera de ciegos. Si ahora yo os respondo “sí” o “no”, ¿qué haréis vosotros? Creeréis “sí” o “no” hasta que otra persona os diga lo contrario.

-¿Qué alternativa tenemos?

- Aprended a buscar por vosotros mismos. Los prejuicios y recelos os llevan a decir “sí” o “no”, “creo esto” o “creo lo otro”, antes de atreveros a buscar por vosotros mismos.

- ¿Pero cómo se hace? –continuó interrogando Cankī, que era el que había lanzado la pregunta.

- Comprometiéndooos en la búsqueda con insistencia.

- Pero ¿cómo?

- Esforzándoos. Para esforzaros, lo primero es tomar la decisión de hacerlo, si no, no lo lograréis. Para tomar esta decisión es necesario tener verdaderas ganas de investigar la realidad.

»Para aumentar vuestras ganas de investigar la realidad es muy útil atender con la mente abierta a lo que dicen aquellos que se han comprometido antes que vosotros. Y para atender así hay que confiar sin recelos. Confiad. No tengáis miedo. Y de la confianza brotarán las fuerzas para la búsqueda. Sólo así podréis saber por vosotros mismos.

Con estas palabras se dio por finalizada la reunión. Había llegado el momento de descansar. La gente se iba poniendo en pie. Vasettha expresó su deseo de quedarse unos días. Bharadvaja no decía nada. “Si este Siddhârta hubiera estudiado los Vedas, no se atrevería a hablar de esta forma”, pensaba para sí.

- Yo regreso, Vasettha. ¡Sólo un ignorante o un impostor puede hablar así! ¿No has visto qué clase de gente lo rodea?

- Muchacho, ¡te queda mucho camino por recorrer! ¡Hoy no te irás de aquí sin saber alguna cosa más de Siddhârta Gautama Sakyamuni!³

² Los Vedas: textos sagrados de la India. *Veda* quiere decir ‘saber’, Son cuatro colecciones de himnos que desde mediados del segundo milenio a. de C. fundamentaron la religión y el conjunto de la vida en la India.

³ Significa: Siddhârta Gautama ‘sabio de la familia Sakya’.

Quien hablaba era el mismo que antes le había dicho lo del príncipe de los Sâkyas. De malas maneras obligó a Bharadvaja a que se sentase. Parecía muy dolido por sus palabras. Vasettha también se sentó. En un tono al principio poco amistoso, comenzó a narrar. Pero pronto la atención de los tres se había trasladado al Reino de los Sâkyas, uno de los muchos reinos en los que se dividía el territorio indio hace 2500 años; a un palacio inmenso rodeado de parques, compuesto por varios edificios para dar cabida a las viviendas de los ministros y de todos los miembros de la corte con sus familias.

El reino del rey Shuddhodana, el padre de Siddhârta, se situaría hoy a caballo entre la India y el Nepal. La madre de Siddhârta, la reina Maya, murió al poco de nacer el bebé y la criatura pasó a ser el centro de atención de todos los que vivían en palacio.

El rey velaba por la felicidad del niño. Satisfacía todos sus deseos y procuraba evitarle cualquier motivo de tristeza. Fue educado como correspondía al escalafón más alto de la casta de los ksatriyas. Fue introducido en los Vedas por maestros brahmanes, de los que recibió conocimientos de sânscrito, la lengua de las Escrituras. Además fue educado en las artes de la guerra. El capitán de la guardia lo instruyó en el uso de la espada, la daga y el tiro con arco. Entre estudios y compartiendo juegos con los hijos de las familias cortesanas que vivían en palacio, transcurrieron felizmente los años de la infancia y la juventud. A los diecinueve años, después de vencer en todas las pruebas de un torneo, se prometió con Yasodara, hija de un ministro. Siddhârta y Yasodara se casaron, fueron felices y tuvieron un hijo: Rahula.

Una narración, ésta, que más parece un cuento de las cortes celestiales que la historia de un *rishi*. Lo cierto es que el muchacho, a pesar de tanto maestro, vivía totalmente engañado. Cada vez que quería salir de palacio para visitar el reino, el rey ordenaba a sus emisarios que se adelantaran en el camino con el encargo de que el joven príncipe no presenciara nunca nada desagradable. Allá donde fuera en sus paseos, todo lo que veía eran escenas de belleza y felicidad. Hasta que un día, algo no funcionó como estaba previsto porque la carroza se detuvo en seco para no atropellar



a un viejecito que -¡a saber de dónde había salido!-, cruzaba el camino lentamente y cabizbajo.

-¿Qué es esto? ¿Qué le pasa a este hombre? ¿Por qué camina de esa forma tan rara? ¿Por qué tiene los cabellos blancos, la piel arrugada y los gestos lentos? – preguntó Siddhârta a Channa, el auriga que le acompañaba.

- Es un viejo, señor –respondió Channa.

- ¿Qué quiere decir “viejo”?

Por un momento Channa dudó, pues sabía que el rey quería mantener a Siddhârta lejos de las dificultades de la vida. Por otra parte, el príncipe merecía un respuesta sincera –pensó-. Así que Channa le explicó que aquel hombre había sido primero un niño y después un joven y que después, con el tiempo, había ido perdiendo vigor físico.

- ¿Cómo lo sabes, Channa? ¿Le conoces? – preguntó Siddhârta.

- No, señor; lo sé porque eso es lo que nos ocurre a todos los seres vivos.

Aquel día Siddhârta volvió a palacio muy impresionado, sin poder olvidar lo que había visto. Él pensaba que nunca le abandonaría el vigor. Estaba bien convencido de ello. Ni se le había pasado por la cabeza la idea de que un día comenzaría a perder toda aquella fuerza que tanto le había costado desarrollar. Los paseos de los días siguientes acabaron de abrumarlo del todo: ante una puerta, vio un joven encogido gimiendo de dolor y Channa le habló de las enfermedades; otro día se cruzó con un cortejo que acompañaba a un cadáver hacia la pira funeraria y el auriga se vio obligado a explicarle qué era la muerte.

- ¿Y yo también moriré, Channa?

- Sí, señor. Todos los seres vivos hemos de morir. No hay vida que dure siempre; tampoco la de los príncipes.

Siddhârta pasó muchos días reflexionando sobre lo que había visto. Supo que se había hecho una falsa idea de la vida y del sentido de la felicidad. Ahora sus ojos habían constatado que por mucho que, en el futuro, él quisiera ser un buen gobernante, no podría evitar que en su reino hubiera dolor.

- Soy un ksatriya. Pero frente a semejante enemigo, ¿de qué sirven mis armas?

¿Es que podía luchar contra la vejez, la enfermedad y la muerte? Comprendió que su padre le había querido evitar toda aquella angustia ocultándole la verdad; sin embargo, aquella no era una buena solución. ¿De qué me sirve esconder la cabeza debajo del ala? –se preguntaba.

Al cabo de unos días, con la mente y el corazón llenos de cábalas, volvió a salir de palacio acompañado por Channa. Esta vez la visión que les detuvo fue muy distinta. Se les cruzó un hombre con la cabeza afeitada, vestido con una túnica de color amarillo anaranjado, y con un bol colgando de su cintura. Siddhârta le preguntó quién era y adónde iba. “Soy uno que lo ha dejado todo para vivir en paz y en libertad y ayudar a los demás”, le respondió. Siddhârta bajó de la carroza y estuvo largo rato hablando con él e inquiriéndole. Finalmente, el príncipe se inclinó delante del peregrino en señal de respeto y se despidieron.

Transcurrieron los días y las semanas. Siddhârta no tenía claro cómo debía actuar, dudaba sobre cómo había de vivir la vida. Si para poder encontrar la paz y la felicidad era necesario dejarlo todo, estaba dispuesto a ello. Si para ayudar a los demás, tenía que dejar de ser príncipe, pues lo haría. Pero no era una decisión nada fácil. Amaba a su familia y la vida en palacio. Quizás lo importante era ser un buen gobernante –pensaba-. Pero su padre siempre había sido un gobernante justo y no por ello había podido cerrarle el paso a la muerte. Aunque, dejándolo todo, ¿qué ganaba? ¿Quién ganaría qué?

Se propuso escuchar más voces y más propuestas. Preguntó a los brahmanes y éstos le hablaron de las plegarias para los enfermos y de las ceremonias para los difuntos; le explicaron que después de una vida viene otra, y después otra y otra; infinidad de vidas; y que según cómo se actúa en la vida presente, la siguiente puede ser peor o mejor. Le dijeron que nacer en una casta social u otra, o incluso nacer como cualquier clase de animal, es un premio o un castigo que cada uno se gana según cómo viva. Éstas eran las respuestas que recibió. Pero no era eso lo que Siddhârta buscaba: ¿para qué quería tantas vidas si en cada una de ellas iba a encontrar el dolor de la enfermedad, de la vejez y de la muerte? Seguramente su vida era la mejor de las vidas que cualquier persona podía desear; difícilmente podría conocer algo mejor en el

futuro; y sin embargo... ¿cómo defender a los suyos y a sí mismo de la vejez y de la muerte? Debía de haber alguna manera de liberarse de aquel dolor, alguna manera de vivir feliz y en paz pero no a costa de dar la espalda a la realidad, como había hecho hasta entonces recluyéndose en el recinto de palacio.

Todas estas reflexiones le llevaron a tomar la decisión más difícil de su vida: retirarse a meditar. Dejaría atrás todo lo que amaba y seguiría el estilo de vida del peregrino. Como él, concentraría todos sus esfuerzos en encontrar alguna respuesta. Una noche, con el corazón apenado y procurando no despertarlos, se despidió de Yasodara y de Rahula; salió de la habitación y se reunió con Channa.

Channa no detuvo la montura hasta que se encontraron muy lejos, cerca de las junglas. Allí Siddhârta utilizó la espada para cortarse la larga cabellera –signo de su nobleza–, se quitó el manto de seda y se cubrió con unos harapos; le entregó a Channa todo lo que llevaba y se despidió de él agradeciéndole su ayuda. Por última vez, acarició el cuello de su caballo preferido, Khantaka, y emprendió el camino. Comenzaba así una nueva etapa en la vida de Siddhârta Gautama; tenía entonces veintinueve años y se encontraba en la plenitud de sus fuerzas y de su fama.

Durante los primeros tiempos fue recorriendo pueblos y ciudades, de reino en reino, atendiendo a todo lo que veía, escuchando a unos y a otros, preguntando a quien pudiera enseñarle algo y comiendo lo que le ofrecían. Lejos de encontrar respuestas, lo que descubrió fue las grandes injusticias de los hombres. Los sacerdotes brahmanes decían que los libros sagrados imponían sacrificios y ceremonias complicadísimas que nadie entendía (excepto ellos), que los libros sagrados obligaban a algunos a vivir siempre en la miseria y menospreciados por todos. “Una cosa injusta no puede ser verdad”, reflexionaba Siddhârta. “O bien los libros están equivocados, o bien los brahmanes los leen de forma equivocada.” Siddhârta recordaba que su maestro también le había enseñado el himno de la creación, y el himno decía que Brahman apreciaba todas las personas y todos los oficios útiles. Así como un cuerpo tiene distintas partes y cada una de ellas es necesaria, así todos son necesarios y complementarios en la vida de los pueblos y las ciudades. “¡Esto es lo que quiere decir el himno!”⁴

Siddhârta se alejó de aquellos brahmanes que leían de forma tan injusta los libros sagrados.

En las afueras de la ciudad de Kasi, cerca del río Ganges, estudió las diversas maneras de pensar que sostenían los sabios y las prácticas que enseñaban los ascetas. Oyó una teoría según la cual las personas debían disolverse en esa realidad infinita que es Brahman. Sí, disolverse como el azúcar en el agua. A esa disolución la llamaban “extinción” (la palabra sánscrita es *Nirvana*). Siddhârta no entendía qué querían decir exactamente, pero le pareció que se encontraba ante una pista que debía investigar.

En la ribera del río Nairajana había cinco hombres que perseguían aquella extinción por la vía de la privación: renunciaban a casi todo con el fin de alcanzar ese objetivo. Siddhârta se unió a ellos y pronto su alto grado de sacrificio fue admirado por todos. Pasaron días, meses... y años, sin casi dormir, sin comer, siempre concentrado en aquella “disolución”. Su gran logro fue quedarse en la piel y los huesos, tan débil que ya no podía reflexionar, ni meditar, ni nada de nada.

⁴ Es el himno X, 90 del *Rig Veda*. Lo encontraréis en la p. 13 ([referencia al capítulo anterior](#))



Siddhârta se estaba muriendo. Lo que estaba consiguiendo era morirse. Afortunadamente se dio cuenta a tiempo.

- Si la extinción significa morir, no es éste el camino que yo busco. Busco una manera sabia de vivir, no de morir. No voy a ninguna parte dañándome de esta manera. ¿Cómo puedo llevar a cabo la búsqueda si me quedo sin fuerzas?

Se arrastró como pudo hasta el río para beber. Una mujer que pasaba por allí, viendo su debilidad, se le acercó y le ofreció un poco de arroz con leche. Siddhârta comió agradecido. Poco a poco fue recuperando las fuerzas gracias al alimento que aquella mujer le proporcionaba día tras día. Cuando los cinco compañeros vieron que comía, dejaron de admirarlo y de venerarlo como a un santo, y se apartaron de él criticándolo: “¡qué cobarde, ha dado marcha atrás, qué poca fuerza de voluntad!”. Menospreciándolo con pensamientos de este estilo, se alejaron de su lado.

Le daba igual lo que pensarán; Siddhârta sabía que debía cambiar de rumbo. Ya había comprobado a dónde le llevaba aquel camino. Cuando recuperó fuerzas, volvió a poner todo su interés en resolver la cuestión que todavía le preocupaba: “¿qué convierte en infelices a las personas?, ¿cuál es la causa de la infelicidad? ¿es posible darle solución?”. Sentado a la sombra de un árbol, no se dejaba distraer por ocupaciones o pensamientos ajenos a su pregunta. Analizaba punto por punto el dolor y sus causas. En el fondo, ¿quién era Siddhârta en aquel momento? Todo él se hallaba sumergido en la indagación, impregnado por el interrogante, en paz. Sentía paz ilimitada, por dentro y por fuera.

Podría decirse que Siddhârta en aquellos días más que ser una persona concreta, más que ser tal o cual, más que ser aquel príncipe que había abandonado el palacio, era ahora todas las personas del mundo: la interrogación de la humanidad sentada bajo el árbol. ¿Cómo explicarlo? Tal vez podríamos compararlo con el espectador de cine que “desaparece” viendo una película. De un modo parecido la mente, los sentidos, el

corazón de Siddhârta, todo él, había tomado la forma, el color y el sentido de la mente



y el corazón de todos los seres vivos. No deseaba nada para sí, sólo la felicidad del mundo. Y Siddhârta se dio cuenta de que era totalmente feliz. Feliz, sucediera lo que sucediera, viera lo que viera.

Sentado bajo aquel árbol, en un lugar llamado Bodh Gaya, la plenitud del río de la existencia lo invadía todo y la felicidad misma se encontraba bajo el árbol. Supo que, de hecho, él, estaba en

aquellos momentos experimentando la solución. ¡Se le hizo tan claro y evidente! “Ahora lo sé, ahora sé lo que es en verdad la extinción.”

“Disolverse”... Por fin entendía lo que quería decir disolverse. Comprendía a qué se referían los ascetas cuando hablaban del Nirvana o, lo que es lo mismo, de la extinción. No era como el apagarse del candil al que le falta aceite. Muy al contrario; sería como agrandarse, como si en el propio interior cupiera el mundo entero; son los límites los que se extinguen. “Extinción”...: es como si, de pronto, una chispa se diera cuenta de que es fuego, de que no hay diferencia entre el fuego y ella, de que ella es el fuego... La clave de la “extinción” es ese “darse cuenta”. Mientras la chispa luce y se agite por conservar su forma particular y piense que eso es lo importante, su breve vida no será más que una gran angustia persiguiendo un imposible. Cuando una chispa desaparece, ¿desaparece el fuego? ¡Qué distinta la vida de la chispa si pudiera cambiar el punto de vista! Si los seres humanos captaran que son formas del río de la vida ¡cómo se transformaría la perspectiva de su existencia!

Cuando, gracias a su dedicación constante, gracias a su detallado análisis, Siddhârta pudo disolver toda aquella falsa consistencia que se otorgaba a sí mismo y que le llevaba a considerarse “una parte separada”; cuando todo él, desde la punta de sus cabellos hasta la última uña del pie, pudo respirar con la respiración del mundo y sentir con el sentir de la humanidad entera; cuando alcanzó a vivir la vida de la vida o la existencia de la existencia, quedó sumergido por entero en un estado de profunda paz y amor hacia toda la realidad, sin excepciones, sin diferencias. Una paz y un amor de los que emanaba una felicidad muy especial.

Aquello sí que era el estado de extinción. Aquello era el Nirvana, el vacío de todas las distinciones y formas irreales. ¡Un vacío lleno hasta los bordes!

Siddhârta, sin perder tiempo, fue en busca de sus antiguos compañeros, aquellos que seguían esforzándose de una forma tan equivocada, para explicarles lo que había visto. Los encontró en un claro del bosque, cercano a la ciudad de Varanasi. “Quizás se ha arrepentido”, pensaron los cinco ascetas en cuanto vieron quién era el que se acercaba. Sin ningún deseo de aceptarlo otra vez entre ellos, lo recibieron con frialdad. Pero Siddhârta comenzó a hablarles de lo que había descubierto, les dijo que no debían interpretar la “disolución” al pie de la letra, sino que la verdadera disolución suponía un cambio de perspectiva desde el interior, una transformación en la comprensión.

Poco a poco parecía que se iban convenciendo. Pero entonces les puso en guardia: que no cayeran ahora en creerse a pies juntillas lo que él les decía. Volverían a estar en las mismas. No había nada que creer, la cuestión era llegar a ver y saber por experiencia directa. Hasta que no pudieran modificar su propia perspectiva, tal como había logrado hacer Siddhârta, no habrían hecho nada. De nada les serviría adoptar una opinión u otra. Pero ¿cómo llevar a cabo esa modificación?

Recordando su propio proceso, Siddhârta sabía que el camino no transitaba ni por pasarse los días intentando satisfacer todos los deseos y gustos, ni por privarse de lo necesario para poder vivir con plenitud de facultades.

Por ello, les recomendó vivir en “el camino medio”, dando al cuerpo el alimento y el descanso suficientes, ni más ni menos. Así utilizarían todas sus fuerzas en lo que realmente importaba: comprender y cambiar de perspectiva.

LAS CUATRO VERDADES Y EL CAMINO MEDIO

En Varanasi, hablando con aquellos ascetas, Siddhârta expuso por primera vez el cambio de perspectiva conseguido, aquello que había comprendido y que había transformado su existencia. Se trataba de cuatro verdades básicas:

- En la vida hay sufrimiento; es dolorosa, efímera.
- La causa del dolor se halla en el deseo de felicidad, en el apego a lo efímero.
- Suprimida la causa, suprimido el efecto: la clave radica en desactivar la fuerza del deseo, es decir, en deshacer el apego.
- El deseo no se disuelve por represión, sino por comprensión. El camino de la felicidad es aquél que conduce a la disolución del deseo.

El reto está en dar con ese camino. A partir de su propia búsqueda, teniendo en cuenta los errores cometidos así como los aciertos, Siddhârta formuló el **camino medio**, un camino basado en el equilibrio y la rectitud que tenía en consideración ocho factores: equilibrio y rectitud en el conocimiento, en la intención, en la palabra, en la actuación, en la profesión, en el modo de esforzarse (sin extremos), en la forma de meditar y en la polarización de las capacidades.

Como eran ocho los aspectos tenidos en cuenta, se le vino a llamar el **camino óctuple**. Y también el **Vehículo** con el que avanzar hacia la comprensión; o el **Dharma del Buda**, es decir, la doctrina del Buda. Y aquella primera exposición de la misma, en Varanasi, fue recordada como “el día en que comenzó a girar **la rueda del Dharma**”.



la Rueda del Dharma, símbolo del budismo

A medida que atendían a sus explicaciones, sus antiguos compañeros comenzaron a captar el sentido sutil de aquel Nirvana que habían estado buscando tanto tiempo “al pie de la letra” sin dar con él.

- ¡Él sí que es un Buda! –reconocieron.

“Buda” en sánscrito quiere decir ‘persona lúcida, con la mente despierta’.

- Continúa enseñándonos, Buda, por favor. ¡Te seguiremos allá donde vayas!

Pero Siddhârta insistió en que no se trataba de adorarlo a él o a sus palabras, ni de repetir sin más lo que les había explicado. Si de verdad querían investigar, podían acompañarle y así se ayudarían unos a otros. Pero si ese no era el caso, mejor que no le siguieran. Los cinco permanecieron junto a Siddhârta. Fueron sus primeros discípulos.

En este punto dio por finalizado el relato el informante de Vasettha y Bharadvaja, en el bosque de Icchanamkala. Podemos suponer que los dos jóvenes brahmanes, no debieron alejarse mucho de Siddhârta, o quizás regresaron junto a él en otro momento, ya que sus nombres aparecen más de una vez en otros diálogos con el sabio de la familia de los Sakyas.

Las crónicas recogen que desde aquel día Siddhârta, el Buda, ya no dejó de enseñar. Cuando oían sus palabras, muchos se quedaban junto a él, hombres y mujeres, ya que en lugar de cargarles de obligaciones y de normas, procuraba animar a todos a vivir con atención con el objetivo puesto en poder comprender a fondo el sentido de la existencia. La actuación acertada nace con la comprensión. No dejaba de repetir que utilizaran sus palabras como una ayuda, como orientación para su propia reflexión, como quien emplea una barca para cruzar un río. ¡Nada de creer! “Creer – decía Buda- es como arrastrar palabras ajenas sin haberlas entendido. Una vez cruzado el río, ¿llevaríais a costas la barca que os sirvió para pasar, o la dejaríais en la orilla para que otros pudieran hacerlo?”, preguntaba a los que le escuchaban.

Acumular saber era inútil si no se llegaba a realizar por sí mismo aquel cambio de perspectiva que detenía la fuerza del deseo evidenciando el auténtico valor y sentido de la realidad. Palabras, las de Buda, que desautorizaban al poder sacerdotal. Hasta entonces, la mayoría de gente no tenía más remedio que fiarse de lo que explicaban los sacerdotes brahmanes, obedecer en lo relativo a los dioses y realizar las complicadas ceremonias que les imponía la tradición. Tenían el convencimiento de que en los Vedas se encontraba la clave de todo: la clave del origen de la existencia, del despliegue de la vida, de la alternancia de los días y las noches, de la lluvia sobre las cosechas; los Vedas tenían la clave para conocer la voluntad de los dioses, para saber cómo gobernarse, cómo actuar en esta vida y cómo entrar con buen pie en la vida futura. Los Vedas tenían la clave de todo..., pero la clave de los Vedas sólo estaba al alcance de unos pocos: en mano de los brahmanes; sólo a ellos estaba permitida la interpretación del texto sagrado.

Sin embargo Siddhârta Gautama había recibido educación, se había podido acercar a los himnos. Y su interpretación se alejaba mucho de la de los sacerdotes. De aldea en aldea, sus palabras provocaban una verdadera revolución entre todas aquellas gentes que, hasta entonces, no habían tenido ocasión de tener opinión propia acerca de nada; gentes convencidas de que los únicos que podían pensar bien eran los “superiores”. Siddhârta insistía una y otra vez en la igualdad de todos los seres

humanos y a todos enseñaba cómo dirigir la mente y el conjunto de capacidades para profundizar en la verdad.

También fue de gran ayuda para aquellos brahmanes que se esforzaban sinceramente aunque sin mucho éxito, como aquellos cinco primeros compañeros. Como aquellos, había otros que vivían privándose de muchas cosas, aspirando a la perfección. A todos ellos, las palabras de Siddhârta sobre el "camino medio" les resultaron muy útiles.

En la India, entre los meses de octubre y abril, el clima es en general frío y seco; es buena época para viajar. Durante esos meses Siddhârta iba por los pueblos y ciudades para hablar con la gente y enseñar. En cambio, en los meses calurosos, las lluvias son abundantes y los desplazamientos complicados; sobre todo teniendo en cuenta cómo eran los caminos hace dos mil quinientos años. Por ello, a partir del mes de mayo, él y los que le acompañaban, solían detenerse en algún lugar no muy apartado de alguna población, donde enseñaban y ayudaban a los lugareños mientras que recibían comida como limosna. Para vivir, levantaban unas edificaciones muy simples, lo suficiente para poder pasar los meses lluviosos bajo cobijo y reanudar el camino después. Fue así como se originaron los primeros monasterios budistas. Con el tiempo, hubo personas (como también las hay hoy en día) que permanecían en ellos largas temporadas o, incluso, toda la vida; otros se acercaban al lugar unos días para estudiar y reflexionar y después regresaban a sus ocupaciones con los suyos.

En los primeros años, los habitantes de los monasterios fueron exclusivamente hombres. Pero hacia el final de su vida, Siddhârta entendió que nada impedía que las mujeres hicieran lo mismo. La primera comunidad femenina la crearon algunas de las mujeres que le seguían; a la cabeza de ese primer grupo se hallaba Mahapajapati Gautami, una tía de Siddhârta.

¿Qué había sido de la familia de Siddhârta durante todo ese tiempo? A Siddhârta le habían llegado noticias de que el ánimo de su padre había quedado hundido desde su partida. Y que pesar del tiempo transcurrido también Yasodara, su esposa, seguía desconsolada. Así pues, decidió dirigirse hacia el norte, hacia su antiguo palacio en Kapilavatsu. Fue recibido con todos los honores y gran alegría. Se inclinó respetuosamente a los pies de su padre quien le abrazó con fuerza. Padre e hijo mantuvieron una larga conversación. Cuenta la tradición que el rey Shuddhodana se percató de la profunda sabiduría de su hijo; que gracias a él obtuvo claridad y discernimiento y su corazón recuperó la paz y la felicidad. "Mi hijo obró bien marchándose –fueron, al parecer, sus palabras-; la corona que ha adquirido será mucho más beneficiosa para la humanidad que cualquier conquista que hubiera podido lograr mediante el poder de los ejércitos y de los elefantes."

Entraron a continuación en la sala Yasodara con su hijo Rahula. Siddhârta los abrazó a ambos, procurando consolarles. También ellos entendieron que todo aquel sacrificio no había sido en vano. Rahula, que por aquel entonces ya era un adolescente, se reunió poco tiempo después con su padre para aprender a su lado. Yasodara no le puso inconveniente alguno, al contrario. Rahula llegó a ser un reconocido sabio y la tradición ha recogido gran cantidad de diálogos del joven con su padre. Numerosos miembros de la familia de los Sâkyas se unieron a Siddhârta, como su tía Mahapajapati -a la que ya hemos mencionado- o su sobrino Ananda, que pasó a

ser su compañero inseparable y tuvo un importante papel en la recopilación posterior de las enseñanzas del maestro.

Siddhârta Gautama vivió hasta los ochenta años, acogiendo a todos los que se le acercaban, ayudando a la gente a descargarse de miedos e ideas inútiles, animando a todos a profundizar “por propia experiencia”, a avanzar por la vía de la sabiduría. Siguiendo la costumbre, a su muerte su cuerpo fue incinerado. Las cenizas tuvieron que ser repartidas entre varios reinos porque todos querían honrarlas: en los ocho lugares en los que fueron depositadas se levantaron “stûpas”, monumentos en su recuerdo y motivo de peregrinación desde entonces. Otras "stûpas" señalan lugares en los que se cree que vivió y enseñó. Sin olvidar que Buda insistía en que venerar a alguien no curaba de ningún mal...:

- Que las palabras de los otros os sirvan para reflexionar. Analizadlas, criticadlas, aprended de ellas, pero no os sintáis atados a ellas. Incluso el punto de vista que yo os he expuesto, si os ligáis a él y lo conserváis como si fuera un tesoro inalcanzable, no habréis entendido que la enseñanza es como una barca para cruzar las aguas y no algo que debáis creer o conservar guardado. Lo que otra persona pueda transmitir es como un dedo que apunta a la Luna. ¿Qué sentido tendría quedaros fijos mirando al dedo?

UNA ENSEÑANZA REVOLUCIONARIA

Siddhârta nace en el siglo VI a. de C. En la India. Su esfuerzo lo hemos de situar, pues, dentro del amplio movimiento de revisión del vedismo que los *rishis* habían iniciado doscientos años antes.

Normas y más normas marcaban la vida de cada casta; el trato con alguien de casta inferior “contaminaba”; la trasgresión de cualquiera de las múltiples obligaciones de pureza suponía tener que pasar por unos rituales de purificación muy costosos. Todo ello bajo el control de la casta de los brahmanes. El grado de rigidez y de desigualdades que el poder brahmánico había ido imponiendo al conjunto del sistema social era fuertemente cuestionado y, con él, también el sistema religioso sobre el que se fundamentaba: ese cúmulo de dioses a los que había que satisfacer mediante incontables sacrificios y elaboradas prácticas rituales. Centenares de animales podían ser sacrificados en un solo día...

Los *rishis* llevaban a cabo una relectura de la tradición que dejaba a los dioses en un segundo plano a la vez que subrayaba la importancia de la búsqueda personal de lo Absoluto, de Brahman. Los *rishis* también ponían en cuestión el sistema social pero... los *rishis* se dirigían, principalmente, a los miembros de la casta brahmánica; a aquellos que se acercaban a los retiros de los bosques. Es en ese entorno en el que el mensaje de Siddhârta supone una auténtica revolución: por su forma y por su fondo.

Siddhârta no espera que nadie vaya hacia él. Camina por pueblos y aldeas; es él quien va a la búsqueda de la gente para explicarles el dharma, la doctrina de vida, la vía acertada. Y lo hace en un lenguaje inteligible para todos: con ejemplos de la vida cotidiana, con comparaciones y narraciones, utilizando la lengua común del territorio, un dialecto prácrito; y no el sánscrito, la lengua de la transmisión del saber, conocida

sólo por la casta brahmánica. Habla con todos; se relaciona con todos; recibe a todos, sin miedo a contaminarse, sin marcar diferencias con nadie; ya lo hemos visto. Muestra un absoluto respeto por todos los seres vivos. Se opone frontalmente a los sacrificios de animales. “¿Y los dioses?” “Dejadlos en paz. ¿Os supone alguna ayuda debatir sobre los dioses? Centraos en la búsqueda de aquello que, paso a paso, podéis comprender y experimentar por vosotros mismos. Del resto, no os ocupéis, no vale la pena. Buscad sin prejuicios; no os aferréis a ninguna creencia u opinión.”

“Y el alma, el alma eterna, mi yo eterno obligado a renacer una y otra vez en esa rueda sin fin, ¿qué nos dices de ello?” A preguntas como éstas Siddhârta responde con pistas para provocar la indagación:

- ¿Qué es el río Ganges? Agua, arena, las dos riberas (la cercana y la lejana)... Aparte de todo esto ¿qué Ganges hay? El río mantiene una forma constante, una identidad aparente, aunque ni una sola gota del río de hoy estaba en el río del otro día. De la misma manera, analizaos a vosotros mismos hasta que podáis distinguir y comprender vuestra verdadera naturaleza por propia experiencia.

Veamos algunos ejemplos de sus exposiciones.

LA FLECHA

Así lo he oído. Un día, Siddhârta Gautama, el sabio de la familia de los Sâkyas, enseñaba con estas palabras:

- Si alguien se me acerca diciendo: yo no haré caso de los buenos consejos ni me pondré a buscar hasta que Siddhârta no me aclare si el mundo es finito o infinito, si es eterno o temporal, si tenemos alma o no tenemos, si la personalidad es idéntica al cuerpo o si son dos cosas diferentes, si hay vida después de la muerte o no la hay, esta persona, hermanos míos, morirá antes de que yo le responda a algo de todo esto.

Es como si alguien, herido por una flecha, se opusiera a las atenciones del médico diciendo: “no quiero que me arranquen la flecha hasta que no me digan cómo se llama el que me ha herido, a qué casta pertenece, de qué familia proviene, si es alto o es bajo”. El herido morirá, sin duda, antes de poder saber todas estas cosas.

Pues por mucho que haya teorías sobre si el mundo es eterno o no lo es, de si hay vida después de la muerte o no, y todas esas cosas, lo que es evidente es que hay nacimiento y deterioro, que hay dolor y sufrimiento, y lo que yo os muestro es cómo actuar para acabar con ellos en esta vida. **(Síntesis del sermón 47)**

LOS TEMORES DE UDAYI

Así lo he oído. Un día Siddhârta Gautama, el Bienaventurado, iba hacia Rajagaha. Vio un bosque de bambúes y se dirigió a él para descansar un rato. Estando en el bosque oyó unos gritos de dolor, desesperados; era una voz que gritaba: “¡oh, señor, no me castigues, oh, señor, ten piedad de mí, no me destruyas!”

Siddhârta Gautama, se encaminó de prisa hacia donde provenía aquella voz para ayudar a aquel pobre hombre y defenderlo del ataque inminente. Pero cuando llegó al lugar encontró un hombre solo, arrodillado, llorando y gritando

desconsoladamente.

- Buen hombre –le dijo el venerable Gautama-, ¿quién eres?

- Udayi es mi nombre.

- Udayi, ¿quién te ha castigado tan duramente?

- El Todopoderoso, señor.

- Pero, ¿te lo ha dicho él? ¿Has visto alguna vez a ese Todopoderoso? ¿Sabes cómo es para que le tengas tanto miedo?

- No le he visto nunca, no; pero me refiero al más absoluto y al más resplandeciente, a aquél que no puede ser comparado con nada.

- Udayi, si alguien te dijera que está enamorado de la chica más preciosa y admirable del reino, y tú le preguntaras a esta persona cuándo ha conocido a esta chica tan maravillosa y te respondiera que no la conoce, que no la ha visto nunca, ¿tú qué pensarías?

- Pensaría que se equivoca. Pensaría que no puede saber cómo es, ni si la ama o no, hasta que la conozca.

- Entonces, Udayi, deja de llorar y de tener miedo a lo que no conoces, y busca. Cuando un cazador persigue a un elefante, observa para descubrir pisadas. Si no encontrara ninguna, dejaría la búsqueda en aquellos parajes. Pero si encuentra alguna, procurará no perder el rastro.

Dicho esto, Siddhârta Gautama se despidió de Udayi y siguió su camino hacia Rajagaha.

Síntesis del sermón 79, "Pequeño sermón a Udayi"

EL GRANO DE MOSTAZA

Así lo he oído. Estando el Bienaventurado en los bosques de Bania, se le acercó una mujer desconsolada; llevaba en brazos el cadáver de su hijo.

- Te suplico, venerable Gautama, ¡devuelve a mi hijo a la vida! ¡Ofréceme un remedio!

Compadecido, Siddhârta Gautama la acogió a su lado y le dijo:

- Vuelve al pueblo y ve de casa en casa. Cuando encuentres un hogar en el que no se haya producido ninguna muerte, pide un grano de mostaza a la dueña de la casa y me lo traes.

La mujer dejó allí el cuerpo de su hijo y regresó rápidamente al pueblo. Durante horas visitó una familia detrás de otra, pero no encontró ninguna que no tuviera que lamentar alguna muerte. Abrazó a muchas madres que habían perdido a sus hijos y a hijos que habían perdido a sus padres, abuelos o hermanos. Finalmente, volvió al bosque y le dijo a Siddhârta:

- Señor, no te he podido traer el grano de mostaza, ya que la muerte está presente en todas las familias.

- Así es, buena mujer. Si hay vida, hay muerte. Es inevitable. Ninguna vida dura siempre; tampoco la tuya. Vive tus días con sabiduría.

EL AGUA QUE PURIFICA

Así lo he oído. Un día el Bienaventurado hablaba acerca del comportamiento que purifica. Explicó que una tela manchada no se limpia tiñéndola, sino purificándola con agua cristalina. “Lo que purifica es el baño interior”, afirmaba.

Bharadvaja, el brahmán, sentado a su vera, le preguntó:

- ¿Acaso Gautama no se purifica bañándose en el río Bajuka?

- ¿Por qué debería ir al río Bajuka? –le respondió el Bienaventurado- ¿Qué tiene de especial ese río?

- Maestro, mucha gente venera el Bajuka porque libera, porque limpia las malas acciones y otorga méritos para el futuro –respondió el joven brahman.

- Ni el agua del Bajuka, ni la de el Adhikakka, ni la del Gaya, la del Sundarika, el Sarassati, el Payaga, el Bahumati o la del río que quieras podrá limpiar nada en el interior de una persona que vive en la ignorancia, en la oscuridad, sin comprender el verdadero sentido de la vida y de la muerte. En cambio, para aquél que ha vivido en la buena perspectiva, con mente despierta, cualquier día es una gran fiesta de purificación.

»Vivir con la mente atenta, preocupado por la felicidad de los seres, ese sí es un baño que purifica.

»Si hablas con sinceridad, si no dañas a los seres vivos, si no tomas aquello que no te dan, si confías y te liberas del egoísmo, ¿para qué ir hasta el Gaya?

»Hay un comportamiento corporal que, cultivado, ayuda a disminuir lo perjudicial y a aumentar lo beneficioso. ¿Cuál es este comportamiento? Quien renuncia a matar, humilde y bondadoso, que vive en la benevolencia y la compasión por todos los seres vivos, que no toma lo que no le dan y no desea lo que no es suyo, éste es el comportamiento que disminuye lo perjudicial y aumenta lo beneficioso.

»¿Y cuál es el comportamiento mental que ayuda a disminuir lo perjudicial y a aumentar lo beneficioso? El pensamiento de aquel de mente benévola y bien intencionada que anhela: “Ojalá que todos los seres puedan vivir en paz, libres de sufrimiento, sin nada que temer, felices y seguros”. Éste es el comportamiento mental que, cultivado, ayuda a disminuir lo perjudicial y a aumentar lo beneficioso.

»Ésta sí es, Bharadvaja, un agua que purifica.

Síntesis del sermón 7 , “Sermón del símil de la tela”.

EL LAÚD

Así lo he oído. Un día Siddhârta vio sangre en el camino. Los que iban con él le explicaron que se trataba de Sona, uno de los discípulos. Sona estaba hecho un mar de dudas porque veía que no conseguía liberar su mente de prejuicios y de falsas angustias y no sabía si tenía que continuar con la comunidad o regresar a casa. Un día tras otro, no dejaba de mortificarse caminando descalzo por terrenos pedregosos.

Sakyamuni le hizo llamar:

- Sona, ¿verdad que el excesivo esfuerzo te ha llevado al desánimo porque, a pesar de todo, no has podido liberar la mente de sus trabas y cadenas?

- Así es, maestro.

- He sabido que antes de unirme a nosotros eras un gran virtuoso del laúd.

- Tocaba el laúd, sí.

- Vamos a ver, Sona. Si tensas mucho las cuerdas de tu laúd, ¿suena bien?

- No, qué va. El sonido es muy agudo si las cuerdas están demasiado tensas.

- Y si aflojas demasiado las cuerdas, ¿suena bien?

- No tampoco. Entonces los tonos son demasiado bajos.

- Pues contigo pasa lo mismo que con tu laúd. Un exceso de celo agota tu mente y agita más todavía el movimiento de los pensamientos. Mientras que una falta de esfuerzo aboca a la pereza y la dejadez. Aplícate con un esfuerzo ecuánime, con un celo sereno y constante. De forma gradual, paso a paso, verás cómo obtendrás un buen resultado.

Síntesis del "Pequeño sermón a Sona".

PARA SABER MÁS DEL BUDISMO

“Budismo” es la palabra que desde el siglo XIX se utilizó en Europa para referirse al *dharma* del Buda, a la doctrina del Buda Siddhârta Gautama y a sus seguidores. Hay tantos “budas” como “personas de mente despierta”; es un título que reciben numerosos sabios. Pero cuando decimos “el” Buda, nos referimos al buda Sakyamuni, Siddhârta Gautama, el sabio de la familia de los Sâkyas.

UN POCO DE HISTORIA

Con el paso de los años, aquellos primeros refugios de madera, tierra y techos de paja, donde los grupos de discípulos pasaban la estación de las lluvias, se fueron transformando en edificios de piedra y adobe, gracias a las aportaciones de los pueblos vecinos. Cada vez más, las estancias tendían a ser permanentes, por lo menos para una parte importante de discípulos. Se establecieron normas de organización de la vida monástica. Ya desde épocas muy tempranas se fueron desarrollando dos formas de seguir el *dharma*: la de los monjes y monjas (en comunidades monásticas o de vida eremítica, solitaria) y la de los huéspedes o laicos, que colaboraban con la vida del monasterio y participaban de sus enseñanzas aunque vivían con sus familias, integrados en la sociedad.

LOS CINCO PRECEPTOS Y LAS “TRES JOYAS”

El código de conducta básico para todos (monjes, monjas y laicos) lo constituye el compromiso con los **cinco preceptos**:

“Me comprometo a no dañar a ningún ser vivo, a no coger nada que no me sea ofrecido, a no tener una conducta sexual impura, a no emitir palabras falsas y a no usar aquello que pueda enturbiar mi entendimiento, como el alcohol o las drogas.”

Y la antigua invocación compartida por todas las corrientes budistas proclama:

*Busco refugio en el Buda
Busco refugio en el Dharma
Busco refugio en la Sangha*

Esta invocación expresa la unión con Sakyamuni, con su doctrina y con la comunidad de discípulos, la *Sangha*. Se pronuncia a menudo: al inicio del día, o al principio de la meditación o de los actos de devoción y plegarias comunitarias... La vida del Buda, su doctrina y la comunidad son las **tres joyas** que posee la persona budista.

Los votos de la vida monástica son los de pobreza, celibato y no violencia; una actitud no egocéntrica, pacífica y atenta a todos los seres que, junto a la atención mental, son los rasgos que caracterizan la opción budista. El camino medio, el “Noble camino óctuple” propone un entrenamiento con todas las facultades, (capacidades de actuación, de comprensión, de amor y valoración) con el fin de adoptar el punto de vista correcto desligado de las exigencias y expectativas del “yo”. En esta propuesta la meditación desempeña un papel importante, entendida como ejercicio con todas las capacidades de intelección: la razón, la atención sostenida, la alerta, la vigilancia, la captación silenciosa, la valoración profunda...

EL TRIPITAKA

En los primeros siglos, después de la muerte de Siddhârta Gautama, se celebraron diversos concilios de discípulos para reunir y ordenar todo aquello que habían oído. El primero tuvo lugar en Rajagaha en el siglo v a. de C., poco después de la muerte del maestro. Algunos monjes, y muy especialmente Ananda, primo de Siddhârta y compañero inseparable durante más de veinticinco años, recitaron los discursos tal y como los recordaban. Por ello muchas de estas exposiciones (o sermones, o discursos...: los *sutras*) comienzan con la fórmula: “Así lo he oído”.

Fueron memorizados y transmitidos oralmente durante mucho tiempo. Cien años después, en un nuevo concilio en Vesali, se compararon las recopilaciones, se pulieron, copiaron por escrito y reunieron en dos grupos o cestos: el *Sûtra-Pitaka* (el cesto de los sutras, de los sermones del Buda) y el *Vinaya Pitaka* (el cesto de la disciplina, las enseñanzas relacionadas con la vida monástica). Todos estos textos se redactaron en pali, una lengua literaria muy extendida por el norte de la India. En gran parte se trata de exposiciones en forma de diálogo, aunque también hay recopilaciones de aforismos, como es el caso del **Dharmapada** (o *Dhammapada* en lengua pali, la “senda de la perfección”), una síntesis del pensamiento de Siddhârta que ha sido muy difundida y de la que hay numerosas ediciones en cantidad de lenguas.

Finalmente, cien años más tarde, en un nuevo concilio convocado por el emperador Asoka, se reunieron algunas nuevas redacciones de las enseñanzas con finalidades didácticas, que se presentan agrupadas en el *Abhidhamma Pitaka* (el cesto de la doctrina sistemática).

Estos "tres cestos" constituyen el Canon budista, las escrituras sagradas o **Tripitaka**, término que significa los "tres cestos".

La mente es inconstante e inquieta, difícil de guardar y contener; que el sabio recomponga su mente como el fabricante de flechas endereza sus flechas.

Peor que el peor mal que te pueda provocar el peor de los enemigos es el mal que resulta de una mente mal dirigida. El sabio cultiva el estado de alerta y vigilancia como su más preciado tesoro.

De la concentración de la mente brota el conocimiento. De la falta de concentración, la destrucción del conocimiento. Uno de estos caminos conduce a la existencia, el otro a la no existencia. Consciente de esto, sabio es quien se comporta de tal manera que su conocimiento se acrecienta.

Así como la abeja recoge la esencia de la flor y se aleja sin destruir la belleza ni el perfume, que así viva la vida el sabio.

Fragmentos del *Dhammapada*

LAS ESCUELAS BUDISTAS

En el siglo IV a. de C, unos 150 años después de la muerte de Sakyamuni, tuvo lugar un concilio que llevó al reconocimiento de dos líneas o escuelas a partir de las diferencias entre un *dharma* adecuado para la vida monástica y un *dharma* más apto para el conjunto de la sociedad.

Una de las escuelas es la **Theravâda**, que significa ‘doctrina de los antiguos’; subraya los aspectos de renuncia, y el ideal del seguimiento está representado en la vida de los monjes y monjas. Los laicos han de intentar acercarse a este ideal tanto como puedan. Los *theravâdas* consideran que su manera de vivir el dharma es la más cercana a la forma original del budismo y su *Tripitaka*, el Canon de las escrituras, sólo incluye los textos más antiguos de la enseñanza de Sakyamuni, todo aquello que se recogió en lengua pali.

Sus opositores se referían a la escuela Theravâda como escuela **Hinayana**, que significa ‘pequeño vehículo’ (para unos pocos), en contraste con la **Mahayana**, o ‘gran vehículo’, que ellos defendían. El “gran vehículo” pone el acento en la salvación de todos los seres; el ideal de la opción Mahayana lo encarna el *bodhisattva*, aquel ser humano que antepone la liberación de todos los seres a la suya propia. La escuela Mahayana sitúa el acento en una práctica del dharma formulada en términos de “purificación” (llevada a cabo a partir de las ocasiones que la vida ofrece), más que en términos de “renuncia” o ascetismo. Los puntos de vista mahayanas se concretaron hacia el siglo I a. de C., cuando el budismo ya se había extendido por zonas muy alejadas del norte de la India, en territorios donde se desconocía el pali. El *Canon* Mahayana incluye los textos antiguos, pero en versión sánscrita, así como exposiciones de maestros posteriores. Algunas de las enseñanzas consideradas de los tiempos iniciales han llegado hasta nuestros días gracias a traducciones chinas y tibetanas llevadas a cabo por el budismo Mahayana en su proceso de expansión.

De la corriente Mahayana surgió, con posterioridad, una tercera vía budista, a partir de la incorporación de determinadas técnicas yóguicas al servicio de la transformación, especialmente visualizaciones y simbolizaciones, y el trabajo con la respiración y el canto. Esta escuela recibirá el nombre de **Vajrayana**, que significa ‘vehículo diamantino’ (brillante como un diamante), o budismo **tántrico**. “Tantra” significa ‘red’, ‘trama’. El budismo tántrico subraya la interrelación de energías tanto en los seres como en el cosmos y la posibilidad de transformarlas con las prácticas adecuadas.

El budismo, en su pluralidad de formas, se expandió y enraizó en zonas culturalmente muy diversas y en cada una se desarrolló de una forma propia y peculiar. Aparte de esos grandes rasgos mencionados, el budismo es muy plural en cuanto a las prácticas, las formas que adopta, el estilo de los espacios de reunión. La sobriedad de un templo zen japonés, su jardín de arena con la disposición de las piedras en equilibrio armónico, el color negro del manto de meditación... no tiene nada que ver con el colorido de un templo tibetano, las túnicas color azafrán, el sonido constante de las salmodias, los molinillos de las oraciones y las ofrendas a los *bodhisattvas*.

EL MANDALA



Una de las prácticas de meditación del budismo tántrico es la realización de *mandalas*. El mandala (“círculo”) es un diagrama que representa simbólicamente el universo, sus fuerzas y los estadios de la vía de conocimiento. El practicante se concentra en cada elemento a medida que lo trabaja. Las técnicas son variadas: se pueden pintar, esculpir o realizarse con arenas de colores. En este caso, el último paso del trabajo con el mandala consiste en deshacerlo y devolver la arena a la naturaleza, como toma de conciencia de la impermanencia de cualquier forma y la constante reintegración en el Todo.

CRECIMIENTO Y EXPANSIÓN DEL BUDISMO

Tras la muerte de Siddhârta, sus discípulos no se plantearon poner a alguien en su lugar. Cada uno continuó avanzando en su trabajo interior. La *Shanga* se fue expandiendo. Los monjes viajaron difundiendo el mensaje de su maestro. Pero algo marcó de manera importante la historia del budismo: la conversión del emperador Asoka (274-232 a. de C.). Asoka, rey de Magadha, había expandido su reino hasta hacerse con un imperio que abarcaba gran parte de la India. Horrorizado al constatar los sufrimientos que la guerra había provocado, adopta el *dharma* del Buda y comienza a gobernar inspirado en él. Sus edictos fueron grabados en rocas y pilares a lo largo y ancho del imperio. Muchos de ellos se han conservado; sus leyes reclaman respeto hacia los progenitores, amor a los vecinos y bondad para con los animales. Se han

encontrado edictos en los que el emperador dispone la creación de hospitales para personas y para animales, ordena la plantación de árboles, la excavación de pozos para el bien de los viajeros...

EDICTO DE ASOKA

El rey a todas las comunidades religiosas:

Moderad vuestras palabras. Elogiad a las comunidades religiosas diferentes de la vuestra siempre que tengáis la oportunidad. Evitad criticar a las otras comunidades siempre que sea posible.

Si actuáis así, vuestra comunidad se beneficiará y también la ajena. La concordia favorece la escucha de los distintos dharmas.

Que todas las comunidades religiosas sean instruidas y tolerantes. Que todas crezcan. Este es el deseo del rey.

Durante el reinado de Asoka, el dharma del Buda sustituirá al *Sanatana dharma*, la doctrina eterna del hinduismo. Los monasterios recibirán muchas riquezas y pasarán a ser sostenidos con fondos estatales. Todo este apoyo imperial al budismo tendrá consecuencias de distinto orden. Por un lado, los monjes dispondrán de medios para sus viajes y el budismo vivirá un período de gran expansión; pero, a la vez, tanta prosperidad debilitará el espíritu de austeridad y la simplicidad propios de los monasterios de los primeros tiempos. La gestión se complica, aparecen la corrupción y las luchas de poder; las discusiones sobre los *sutras* tienden a ser cada vez más eruditas... Por otra parte, el budismo identificado con el poder imperial entrará en conflictos políticos interterritoriales.

Después de este período ascendente, el budismo indio conocerá un cierto declive mientras que el hinduismo recuperará terreno de nuevo. En el siglo X, desde Afganistán y las fronteras occidentales, penetran en el territorio los ejércitos musulmanes con una nueva fe que también aboga por la igualdad de todos los seres humanos y que, una vez más, procura barrer el sistema de castas. En 1199 el budismo recibe un fuerte golpe con la destrucción de Nalanda, su ciudad-universidad más importante, con miles de estudiantes y profesores provenientes de todo el mundo. Aquello supuso el final de la estructura budista en la India, pero no el final del mensaje de Siddhârta que había impregnado muchos aspectos del hinduismo. Desde aquel entonces hasta nuestros días, el hinduismo venera la figura de Siddhârta Gautama como un avatar, como una de las reencarnaciones de Vishnú por el bien de la humanidad.

Mientras, gracias al impulso de Asoka, el dharma del Buda se había enraizado en toda Asia. La primera misión importante más allá del subcontinente indio fue en Sri Lanka, hacia el 250 a. de C. Al frente de aquel grupo de monjes se encontraba Mahendra, hermano pequeño del emperador. A partir de entonces los viajes se multiplicaron. La corriente Hinayana, o Theravâda se extendió por el sudeste asiático (Sri Lanka, Birmania, Laos y Camboya), mientras que el norte (China, Japón, Corea, Vietnam, Nepal y Tíbet) recibió la influencia del budismo Mahayana. En contacto con las peculiaridades culturales de cada entorno, el budismo se fue desarrollando de una forma muy plural.

A China llegó en el siglo I d. de C. En contacto con el taoísmo y el confucianismo, se desarrolla un budismo chino que cristaliza en el siglo V en la forma de budismo que conocemos como **T'Chan**, un término que deriva de "dyana", la palabra sánscrita para "meditación". En el siglo XIII, maestros budistas japoneses viajan a China, entran en contacto con el T'Chan y lo adoptan: nace el **Zen**, T'chan impregnado de cultura japonesa, o una vía muy propia de budismo japonés. Como su nombre indica, T'Chan y Zen ponen especial acento en la práctica de la meditación. La práctica de la meditación, o *zazen*, consiste en generar un estado de presencia basado en una atención lúcida y mantenida a cada instante, dirigida hacia la postura, y desarrollada a través de la concentración y la observación. El budismo japonés incorpora prácticas muy características de la tradición cultural de Japón, como el tiro con arco, el diseño de jardines, los arreglos florales o la ceremonia del té. Las corrientes chinas y japonesas despliegan una rica diversidad en su seno, que se despliega en una gran pluralidad de corrientes y escuelas.

En el Tíbet el budismo encuentra la religión **bon** o **bonismo**, un sistema de monarquía sagrada apoyada en los representantes religiosos. Con el tiempo, los monasterios budistas sustituirán a la estructura religiosa bon; los *lamas* (nombre tibetano para "maestros") tendrán responsabilidades políticas. El primer Dalai Lama, el primer lama budista que asume el poder temporal y religioso, es del año 1244, año en que un abad se convierte en príncipe regente bajo la protección del Khan mongol. Con alguna interrupción, la tradición perdurará hasta 1959, año en el que China invade el Tíbet y en que el XIV Dalai Lama, máximo representante político y religioso del Tíbet, ha de huir y buscar refugio en la India, en Dharamsala. Las prácticas rituales y de meditación budistas también en el Tíbet se desarrollaron de una forma peculiar, marcada por la influencia de las prácticas de la religión bon y las del budismo tántrico. En el Tíbet el tantrismo recibió un importante impulso, enriqueciendo mucho sus prácticas y formas.

Desde la segunda mitad del siglo XX, el budismo llega con fuerza a Occidente, primero a los Estados Unidos y después a Europa, en especial en sus formas tibetana y zen, aunque no únicamente. En un primer momento son los viajeros occidentales los que "descubren" la práctica y pensamiento budistas en sus visitas al continente asiático; pero, en una segunda fase, son los maestros budistas de oriente quienes se trasladan a Estados Unidos y Europa, y abren escuelas de meditación y monasterios con la ayuda de los budistas occidentales. No sería extraño que, con el tiempo, viéramos aparecer una forma peculiar de budismo occidental, de la misma forma que en otros tiempos se desarrollaron formas propias de budismo en cada uno de los entornos asiáticos en los que se asentaba.